¿España se ha vuelto sanchista?

Las elecciones nos dirán si la sociedad admite lo que antes veía políticamente inaceptable

JUAN CARLOS VILORIA
@jcviloria



Las elecciones generales del 29-N van a mostrar si en España se está abriendo o cerrando la llamada ventana de Overton, un famoso concepto de comunicación política que explica el rango de ideas u opiniones que una sociedad considera aceptables en un momento dado. La idea clave es que esa ventana puede desplazarse con el tiempo, haciendo que lo antes impensable llegue a verse como aceptable. Núñez Feijóo hace campaña advirtiendo al electorado de que estos comicios son los más importantes y trascendentales de los últimos cincuenta años. Independientemente de sus intereses, específicamente partidistas, hay una verdad de fondo en el argumento porque se trata de confirmar o desmentir que la sociedad española empiece a normalizar determinados comportamientos del poder político que hasta la llegada de la coalición progresista, y el llamado sanchismo, se consideraban mayoritariamente inaceptables cuando no tabú. El PP, pues, ha planteado la consulta en las urnas como una especie de Rubicón social mientras Pedro Sánchez, por el contrario, está dando un marco festivo cuando no frívolo, pero sobre todo, continuista, con la idea de seguir cruzando líneas rojas en beneficio del «progresismo».

El cuerpo electoral tiene que decidir si la sociedad española normaliza, no tanto incorpora, legislaciones muy permisivas sobre eutanasia, aborto de menores sin supervisión, o matrimonio, adopción, vientres de alquiler igualitarios, que también. Pero, sobre todo, lo que se planea, después de la última etapa del sanchismo, es la preponderancia del poder ejecutivo, del gobierno, sobre los otros dos poderes, el legislativo y el judicial. Esa preponderancia hegemónica que se materializa en la colonización partidista de las instituciones que en los usos democráticos tradicionales siempre debería respetar su independencia. Se trataría de comprobar si la sociedad española está dispuesta a aceptar el estrechamiento de la clase media en favor de una sociedad fiscalmente socializante y estatalizante. Se pondrá a prueba de las urnas si se ha aceptado el tabú de cambiar poder por amnistía a sediciosos o el desequilibrio presupuestario en favor de una parte.

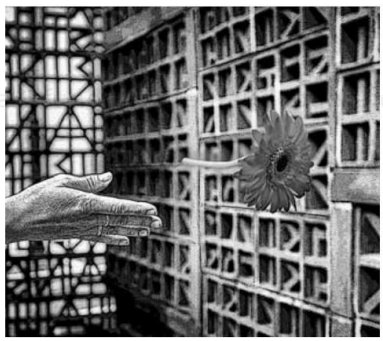
Frente al modus operandi sanchista de romper moldes, homologar y normalizar los «cambios de opinión» (Bildu, Amnistía, Sáhara) y la incoherencia (pisos en Vallecas por chalés con piscina, demonizar los 'fondos buitre' y tener que dimitir por acumulación de propiedades), estaría la propuesta de cerrar la ventana de Overton que plantean desde el bloque de la derecha. Y que va desde métodos moralmente discutibles para frenar la inmigración ilegal hasta adelgazar el Eestado en beneficio de la iniciativa privada y frenar la preponderancia de lo público en sanidad, educación e infraestructuras. Las urnas nos dirán si la sociedad empieza a aceptar lo que antes consideraba políticamente inaceptable.

Las víctimas de ETA. Contra el olvido, el silencio y la humillación

MANUEL MONTERO

Tienen pleno derecho a que la sociedad las reconozca y a volver a la vida normalizada

¿Nos importan las víctimas de ETA?». En una lógica democrática y humanitaria no tendría sentido esta pregunta, pero es necesaria, habida cuenta del tratamiento público que suele dárseles, pues puede el olvido, el silencio y el desdén. Las víctimas de ETA son relegadas. No es una cuestión secundaria. Está en juego el funcionamiento solidario en esta sociedad y la conformación ética de nuestra convivencia. Una democracia sin el reconocimiento incuestionable a las víctimas del terrorismo será siempre cuestionable. Si en esta carencia influye el blanqueamiento del terror tendríamos una democracia con serias deficiencias. Y si interviene la presión de los herederos del terror estamos ante una democracia condicionada. ¿Condicionada por quién? Por quienes gestaron sus posiciones desde la oposición violenta a la democracia. ¿Resulta viable una democracia condicionada por la barbarie?



La cuestión sigue siendo vidriosa. Lo prueban quienes sugieren que deberíamos hablar de 'las víctimas a secas' y no de las 'víctimas de ETA'. Al parecer, a tales críticos les molesta el tratamiento específico de las víctimas de ETA.

Esta forma de abordar la cuestión es pertinente porque han sufrido (y sufren) especialmente las amenazas de la relegación y el olvido. En España son, además, el principal colectivo de víctimas del terrorismo. Más del 92% de los asesinatos terroristas relacionados con el caso vasco fueron víctimas de ETA. Las reticencias a abordar la cuestión de forma específica revelan que hay quienes consideran conveniente esconderla dentro de planteamientos genéricos.

No debería haber dudas sobre cómo abordar la cuestión de las víctimas de ETA. La plena solidaridad con las víctimas del terrorismo inspira tales políticas en todos los países democráticos. El camino a seguir está bien definido y trazado.

El mensaje del secretario general de la ONU, el Día Internacional de Homenaje a las Víctimas del Terrorismo (21 de agosto), no deja lugar a dudas, con criterios a compartir por cualquier demócrata: «Mucho tiempo después de un ataque, las víctimas continúan luchando contra sus consecuencias. Las víctimas y sobrevivientes de todo el mundo deben tener la oportunidad de recuperarse a través de la justicia y las medidas de apoyo». Existe una responsabilidad colectiva para defender los derechos de las víctimas del terrorismo, derivada de los compromisos solidarios propios de la humanidad.

Como esta responsabilidad no se practica en España para las víctimas de ETA de forma incuestionable, o se opta por negociar sobre cómo debe hacerse (lo que viene a ser lo mismo), tenemos serios déficits; padecemos un 'humanitarismo' defectuoso.

Para la ONU no hay duda. «Honrar y apoyar a las víctimas» es solidaridad, defensa de la dignidad humana, pero también imprescindible, pues «la promoción y protección de los derechos humanos y del Estado de derecho son esenciales para prevenir y combatir el terrorismo». El apoyo a las víctimas asienta la democracia y sirve para luchar contra el terrorismo.

En el tratamiento internacional de las víctimas del terrorismo encontramos también algunos principios, tales como la necesidad de tomar en serio el punto de vista de las víctimas y de rehuir cualquier tentación de minusvalorarlas o ignorarlas; el apoyo debe ayudarlas a volver a la vida normalizada y a reintegrarse en sus comunidades.

Las víctimas suelen sentirse desplazadas de su entorno, en la llamada 'soledad radical', un estigma que suele pesar sobre ellas. Han sufrido el terror y tienen pleno derecho a que la sociedad las reconozca, les devuelva la dignidad y logren retomar la vida en sus ámbitos sociales.

Sentir como propio lo que ha sucedido a algunos conciudadanos es la forma de mostrar que compartimos un destino común, que todos estamos afectados. Para que pueda entenderse la sociedad como un lugar compartido, sin que la víctima quede relegada. Nada de ello se ha producido respecto a las víctimas de ETA. No se ha combatido la soledad radical, no se ha buscado su reintegración en la comunidad, se ha dado por bueno su desplazamiento social, no se siente propio lo que les ha sucedido y amplios sectores procuran demostrarlo ajeno.

La víctima fue atacada por la organización terrorista ETA. Con frecuencia, a esta anotación suele seguir la explicación de qué estrategia seguía la organización terrorista; como otorgando al fanatismo alguna lógica racional. Hasta se sugiere que el terror constituyó una actividad complementaria del nacionalismo radical, una práctica errónea a olvidar, un desliz perdonable. Este planteamiento resulta erróneo. La fascinación por la violencia, que definió a ETA, juega un papel esencial en la izquierda abertzale. Está en su razón de ser y nada indica que lo haya superado, ni que quiera hacerlo.

¿Bloques? No, gracias

MIQUEL ESCUDERO



Desde que arrancó hace ocho años, el Gobierno Sánchez ha impuesto una política de dos bloques: el progresista y el de derecha y extrema derecha, llamados así por el presidente de todos los españoles. Un planteamiento de 'buenos y malos' es pueril y venenoso, no se corresponde con la realidad y alimenta la irresponsabilidad y la insensatez. Con este relato, la llamada extrema derecha se ha activado y ha llegado a ser la tercera fuerza nacional, lo que refleja una crispación absolutamente insana.

El bloque 'sanchista' se propuso sacar el máximo partido de la polarización y vivir de renta con vaciedades y engaños. Alejados de la ciudadanía, peroran cansinamente que nadie lo ha hecho mejor que ellos en la historia de España y anuncian el apocalipsis si llegase la natural alternancia. ¿Qué es más alucinante: su desconexión, su ineptitud o su continua tomadura de pelo?

Llevan años anunciando viviendas y lo que han hecho es un muro. Ahora, tras improvisar unas medidas demagógicas han dicho que eran 'imposibles de rechazar si se tiene humanidad'. Sin embargo, la ministra de Vivienda aseguró en el Congreso que no entrarían en vigor en Cataluña. Si tan buenas eran, por qué estaban dispuestos a excluir de ellas a los catalanes: para convencer a Junts, sus exsocios 'progresistas'. Y así todo. Es indignante. Para colmo, tras ser derrotadas sus propuestas, el Gobierno echó cieno sobre la decisión del Congreso y, gracias al PNV, ha colado la mitad de ellas por la Diputación Permanente. Una burla a la democracia.

Lo mejor que está en nuestras manos es trabajar con cordura y ecuanimidad. E intentar con votos cauterizar una infección totalitaria.